

PLENITUD METAFÍSICA DE LA FILOSOFIA LULIANA

(BOSQUEJO)

PRELIMINAR

Hablar de Metafísica hace tan sólo treinta o cuarenta años venía a ser algo así como ponerse de puntillas para hacerle cucamonas a la luna; cosas de niños ingenuos o de alucinado que pretendiendo acariciar al satélite con que sueña pierde el equilibrio estable de la tierra firme y marcha dando traspiés. La Ciencia estaba ahí, con mayúscula y predicamento, como único dictamen de verdad y absoluto anatema de doctrina. La naturaleza, aquel monstruo huracanado, tempestuoso y abismático, ya se hallaba sometida o cuando menos domeñada; el hombre había conseguido echarle la camisa de fuerza de su omnipotente tecnicismo, y lo mismo en el ámbito de los espacios infinitos que en el sutilísimo misterio del microcosmos la razón era señora.

No había sino dos cosas en la realidad del Universo: dos elementos —los únicos— constitutivos del cosmos: el hombre razonador y las cosas naturales: razón y fenomenismo. Un pensamiento a canon y medida y una ingente naturaleza. Y en suma, naturaleza también, el pensamiento sometido. La Física era soberana.

Pero, claro es, la Naturaleza continúa su proceso... y algo cambia en esa naturaleza. La Física —como toda cosa— tiene sus límites que la definen como tal. Definición de su realidad, aparte de la de su concepto. Esos límites, un más y un menos, un superior y un inferior, un más acá y un más allá. El más acá de la Física no solicita por lo pronto nuestra atención filosófica; nos interesa el más allá. En cuanto damos el salto nos hallamos en la Metafísica; más allá de la propia Física, —parece que queramos decir—; más allá de la naturaleza. ¿Tal vez el mundo del pensamiento?

No propiamente tal: a éste podríamos llamarle el mundo de más acá, que nos dejaría insumidos en el feudo de lo lógico o mera-

mente formal. Ahora bien: ese mundo de más allá —el que encontramos una vez traspuestos los límites de la naturaleza o de lo físico— es un mundo de realidad. Tiene como peculiar característica no sólo la condición de hallarse más allá del campo de lo fenoménico, sino también más allá y más acá del pensamiento. Más allá, porque lo trasciende, más acá porque lo mueve; allá como meta que se alcanza; acá como principio de un proceso que nos conduce a la meta.

El hombre, que se nos había quedado reducido a un más o menos simple o más o menos complejo retazo de la naturaleza, se nos convierte en un móvil natural que apunta a lo trasnatural desde el fondo más entrañable de su intranaturalidad. El hombre, que posee como entraña de su ser un corazón que piensa, un corazón que siente y un corazón que quiere, tendrá que ser —es decir, será— naturaleza por lo que tiene de pensar, por lo que tiene de sentir y por lo que tiene de querer. No obstante, por lo que tiene de entrañable es pensar, ese sentir y ese querer arraigan sobre algo priorativo —previo a lo natural—.

En el origen del hombre hay algo que precede a lo meramente físico: es su límite de acá. Cumplido, pues, normalmente su proceso natural, ¿cómo desde tal raíz no había de llevar impulso para trascender el otro límite hasta llegar más allá de lo que es naturaleza? ¿Cómo, si procedemos y somos *ante φυσικς*, no vamos a alcanzar y no seremos *meta φυσικς*? El hombre —naturaleza— sepera la naturaleza y es un ente metafísico. El hombre quiere saber y sobre todo saberse; por eso cuando busca la verdad se encuentra con la Metafísica.

El hombre Raimundo Llull apetece la verdad, quiere la verdad. Y la quiere y la apetece con ahinco y con anhelo. Mas no le basta creer en ella ni poseerla como un sabio con la lucidez de su razón; habrá que participarla a la razón de los demás. Vamos, pues, a ver cómo este hombre afanoso y anhelante nos da conocimiento de esa verdad que es el ente metafísico.

EL SER PRECARIO FRENTE AL SER

Decir conocimiento metafísico equivale a decir conocimiento del ser. No de este ser o de aquel ser —este ente o aquel ente— sino «del ser en cuanto ser», su objeto formal propio.

La formalidad de este objeto, inaprensible a los sentidos, aleja a la mayoría de los hombres de una especulación que no se mueve sino en un campo de puras abstracciones. Parece que en un ámbito de tal especie tiene que quedar el filósofo como flotando, en el vacío, perdido y enajenado en la mera idealidad, precisamente y necesariamente por buscar la realidad.

¿Por qué no ha de bastarnos con saber de nuestra situación de antes, de ahora y de después, y por qué se ha de aventurar la ciencia en más problema que indagar con precisión cómo se comporta cada cosa en cada uno de sus momentos y dada en cada momento la circunstancia en que se encuentra? ¿Por qué el afán de buscar en las honduras donde se esfuman los concretos y se borran las precisiones y los límites?

Si sólo hubiera *cosas* en el mundo... Si el mundo se redujera al mundo de las cosas...

Si sólo hubiera cosas en el mundo ¿para qué la Metafísica? El hombre sería una cosa. Si el mundo se redujera —y pretenden reducirlo— al mundo de las cosas, el hombre dejaría de ser hombre para hacerse positivista. Esto es lo que estuvo a punto de acontecerle en un pasado reciente cuyas consecuencias todavía padecemos; esto es lo que pudiera todavía acontecernos si, no nos apresuramos a asentar la Metafísica sobre el fondo humanal que a gritos nos reclama. La metafísica de Ramón Llull es el reclamo encendido de ese fondo de lo humano.

“Sí; investigar sobre el ser es lo mismo que interrogarse sobre el sentido de una palabra” —nos dice un filósofo católico—. “Son algunas palabras —añade— la materia propia sobre la cual va ejercitándose la reflexión metafísica”. (1)

Cuando la Metafísica es eso y sólo eso, cierto es que nos hallamos en ese mundo insubsistente contra el que clama el *Eclesiastés*: “Vanidad de vanidades. Y todo vanidad”. Pero no son todo vanidades; podemos buscarle al ser un contenido, algo que le acredite como una realidad, lo que vendrá a ser lo mismo que buscarle al ser su propio ser.

Ciertamente. Si al ser le pedimos ser, es porque tira de nosotros; va tirando de nosotros, queramos que no queramos, en virtud de su fuerza natural. Luego es algo más que mera palabra ese ser al cual tendemos en cuanto seres que pensamos. Por eso somos y por eso es.

1—GILSON (E) — *L'être et l'essence*. París, 1948.

La palabra adquiere contenido como una cosa fecunda preñada de realidad.

Ahora bien; la realidad de la cosa no aparece si no se ve, si no se toca, si no se mide, si no se calcula; ha de ser una realidad aparente en el campo de lo físico, o, dicho de otro modo, de la naturaleza. Es ésa una realidad que no satisface en modo alguno nuestra ansiedad metafísica. Habrá que buscarla, en consecuencia, fuera del mundo de las cosas: en los seres que no se cosifican, en las cosas, —si las llamamos así— que constituyen el mundo del espíritu.

Miremos, pues, ese mundo.

Si nos fijamos en él, dos *cosas* —siga valinedo la palabra— se le presentan al hombre como realidad ineludible, notoriamente transfísica y notoriamente realidad: él mismo en su ser que quiere. Y allá, en su instinto, o aquí, en su entraña más al vivo, su complemento y contrapolo, el ser primario y final que es su principio y su meta: Dios, su Señor Soberano.

Así, de esta manera, viene a toparse con el ser Raimundo Llull. No al encontrarse con las cosas, sino al tener conciencia de sí mismo, en cuanto echa adentro su mirada; y al percatarse, cuando mira afuera, que allá en el fondo o en el trasfondo hay algo más de lo que ve.

Su mirar hacia fuera le lleva a las cosas varias y múltiples del mundo; de esa multiplicidad y variedad ha de nacer en su mirada el hábito de relación, mirada ya no de lejos, sino de entendimiento. La otra, de adentro, le mete en la entraña herida de su inquietante sentir. Y siente esa entraña al vivo como un ser en indigencia.

“Yo, que soy hombre culpable, mezquino, pobre, pecador, menospreciado por las gentes, indigno de que mi nombre sea inscrito en este libro ni en otro alguno...” —dice en el *Libre del gentil los tres savis*—. “Un hombre pobre, pecador, menospreciado...” —gime en *Doctrina pueril*... “no soy digno de que en esta obra...” —llora en el *Libre de Contemplació*.

¡Qué poco soy, oh Señor, —parece que nos diga— qué poco ser es mi nada!

He aquí el ser sobre en cual Ramón Llull hila su Ciencia; una ciencia a la cual le invita ese inefable y por lo pronto incomprensible que tiene allá frente a su nada y que se le viene ofreciendo como acuciante contrapolo de su ser mezquino. Lo casi nada frente al Ser plenario. Desde esta primaria situación vital de su pobre entendimiento,, su

procesión metafísica a lo largo de su vida de sentir, de pensar y de querer.

SER PRECARIO Y DEVINIENTE

El precario ser que es cada uno, se halla constituído por una materia y una forma; cuerpo y alma, si entendemos el compuesto substancial de la manera más simple. Pero es éste un emparejamiento que, por el hecho de haberse efectuado, no adquiere entidad propia; no basta materia y forma, ahí la una con la otra; Raimundo Llull así lo entiende y por eso no sosiega —ni se aviene a sosegar— en el ser que ya está ahí: cuerpo y alma conyugados. Le es menester algo más, le es necesario que el ser sea; necesita la conjugación de esos sus dos elementos: El ser es, si es operante.

Porque todo aquello que es, obedece a dos principios: el de su estar o permanencia en lo que es y el de su obrar. (2) El cuerpo es lo pasivo —o la materia— y el alma la actividad, la fuerza operativa. “Todo lo que es creatura —aclara Llull— o es substancia o es accidente” “Todo lo que es substancia, es unidad y es trinidad: unidad en cuanto substancia primera y trinidad en cuanto compuesta de materia, de forma y de la concordancia con la cual forma y materia se unen”. Y todo lo que es accidente, “concordancia también entre él y su sujeto”. (3)

Es esa concordancia —en cuanto acto que está siendo— la propia médula del ser. Al ser que sólo está ahí le pasa lo que al tiempo encadenado entre dos topes de medida; que no es ser, sino ente muerto. Aunque un muerto que no ha vivido.

Para que no quede duda alguna, he aquí esta afirmación del “*Arbre de Sciencia*” (4) como el clavo de remache de tantos otros asertos de igual significado: “La acción y la pasión son los primeros accidentes que salen de las causas primeras”. La acción y la pasión primero que la misma cualidad.

No podría ser de otro modo en el latir del pensamiento de un hombre de los afanes de Llull, lo cual quiere decirnos en lenguaje liso y llano, y, si se quiere, vulgar —y en un sentido antropológico— que

2—*Arbre de Sciencia* — Dels habits del arb. human.

3—*Libre de demostracions* — Libr. III-XIII-2

4—*Arbre de Sciencia* — De acció e passió.

“tal obras, así eres”. Y en el orden general del ser, que nada es sino en la acción propia y entrañable de sí mismo que llamamos acto.

Se es en acto o no se es: acto precario e indigente por el cual vamos siendo en cada latido personal o Acto excelente y sumo por el cual es el Ser en plenitud.

—“Amado ¿qué eres tú?

—Amigo, yo soy Dios y deidad, infinitud e infinir, eternidad y eternar, bondad y bonificar”. (5)

No se puede expresar mejor la idea del ser en cuanto siendo.

Y referido al ser precario...

“Si el alma racional fuese más ser en cuanto lo que es que por amar y conocer a Dios, sería más noble su ser que el acto de conocer y amar a Dios, y no en Dios, sino en sí mismo hallaría su reposo” (6)

El ser precario que somos tiene conciencia de su constitutiva imperfección, como lo acredita el propio Lull en sus sinceras y espontáneas afirmaciones de humildad. De su naturaleza puede despegarse; se siente por lo pronto, y en el estrato más bajo, un pobre ser elementalizado; no más que lo que es la piedra: cosa inerte, carente de vida en la materia de su cuerpo. Pero es algo más que materia; también en él, como en la planta, se da lo vegetativo. Y otra cosa: los sentidos. Y la imaginación. Y la razón. Una quintuple o sextuple naturaleza de “elementar, sentir, imaginar, memorar, pensar y querer”. (7) Es algo que le viene dado y es algo que está comprometido a dar.

En su ser originario, por lo pronto, causa material y causa formal lo condicionan. La material le ofrece el cuerpo, que es elementalidad; la formal lo predestina a ser lo que tendrá que ser. Por ley de predestinación el hombre cuenta con un fin: un fin de doble sentido; por una parte a resolverse en el tiempo, por la otra, en el orden de intención.

Predestinado su ser por la causa primera de todos los seres, ¿qué le queda sino ser eso que está siendo y que le es dado? Pero tiene conciencia también de sus posibilidades. “Tot hom pot aver volentat en fer bé e en esquivar mal” (8); y adviene asimismo de ese modo a la

5—*Arbre de Philos. d'Amor* — De la 7.^a part. De les quest. de Deu e amor.

6—*Libre de anima racional* — 1.^a part. Questio.

7—*Fèlix de Maravelles* — 8.^a part. C. I.

Blanquerna — Etc.,

8—*Múltiples textos*.

conciencia de su finalidad, toda vez que se siente siendo y responsable de su ser. Puede preguntarse y se pregunta: ¿Qué soy yo? Mas antes de contestarse viene a caer sobre él la presunción de su fatal sometimiento. Un ser caído, inconsciente, esclavo de su naturaleza... Mas liberado como esclavo por la esclavitud a su Señor.

“Poder, que sabes y quieres a Todo tí mismo; Saber, que quieres y puedes a Todo tí mismo; Querer, que puedes y sabes a Todo tí mismo; tomadme todo mi poder, y saber, pues me habéis tomado mi querer”. (9)

Aquí el ser precario se confiesa rendida dedicación al Ser primero. De tal manera, el fin a que es llevado su ser —el Bien o Dios— es su principio.

Principio y fin se convierten, o, cuando menos, se condicionan. Nos lo va a decir en “*Ars Amativa Boni*”: “el fin es eso en lo cual el principio se halla reposo”. Y, sin embargo, no será el reposo la condición de su ser, pues siendo naturaleza condicionada por el tiempo, resulta un ser deviniente.

Hay una interpretación metafísica de nuestro ser de hombres que, cogida a la letra, parece que anula la posibilidad de una antropología dinámica del autónomo devenir de la persona; es aquella afirmación de Enrique Bergson y de Fichte según la cual “somos obrados más que obramos”. Vendríamos a caer en el abismo de la fatal naturaleza para no ser ni más ni menos que un paciente elementado.

Pero lo cierto es que Raimundo, afirmando con denuedo su pie sobre la elementalidad, advierte estratos más altos que le desligan de su ser elemental, y, sintiéndose entonces un pensar, se lanza al fin que le llama y que le atrae. E intuye que el fin le será su principal condicionante. Y así, desde su naturaleza, que le empuja hacia el abismo de la cosa elementada, hasta su fin que tira de él hacia lo alto y le da vuelo, se halla este ser en marcha sujeto a un determinismo riguroso, que, si por una parte es riguroso, por la otra le confiere libertad; esa humanal libertad de alas al infinito que solicitan una meta y que se llama voluntad.

Por ella queda vencida nuestra natural naturaleza. No consistimos en superavit de pasión de tal modo que nuestra acción sea tan sólo de déficit; no nos damos por condenados a ser movidos por fuer-

zas extrañas a nuestras propias fuerzas; no nos basta sentirnos impulsados por impulso perteneciente a nuestro ser —aunque se llame élan vital— si no es fuerza de nuestra voluntad, porque “¿cómo sería amable la vida, ni Dios, ni el Bien, ni nada si no fuese la voluntad?” (10) Ni ¿cómo sería esa vida si yo no fuera por otro, ni podría ser yo por otro si no tuviera intención a un fin por carecer de voluntad?

He aquí la voluntad que hace al ser que ya está siendo.

ANSIEDAD DE SER

Superados lo elemental, lo vegetal, no sensorial, lo imaginal, nos hallamos con el ser verdaderamente racional que es el ser humano, una feliz conjugación y una inquietante coyunda de entendimiento y voluntad, de razón y volición. — De la conjugación de esos factores, la excelencia mayor del ser precario y contingente. También Raimundo Llull es ese ser y también entiende que así es el hombre: voluntad y entendimiento; la voluntad, el impulso y la razón, el piloto de su ser en devenir.

Cuando el hombre vive su sentir, lo vive como naturaleza, como otro bruto cualquiera sujeto a ley natural; de bruto a bruto no va nada y el hombre no ha nacido todavía. Es algo así como aquel niño de la gacela de Aben Tofail que, al recibir sus primeras impresiones, va conociendo una vida lejos aún de la que llamamos racional. Las impresiones se mantienen, se relacionan; el niño adquiere facultad de representación, e imagina; de relación, y relaciona; y así, relacionando sus representaciones, recuerda, y objetivándolos, piensa. Luego, en movimiento de nuevas reacciones, lanza todo eso que había ido recibiendo y todo aquello que él mismo elaborara. Y lo lanza fuera de sí mismo... hacia el ámbito de su contorno, en réplica de devolverle al mundo, transfigurado por él, lo que el mundo le ofreció. Se lo ha devuelto, ciertamente, centuplicado y configurado a su manera como un maravilloso artificio, producto de su propia actividad. Ahí estaba el mundo; aquí está ahora él; el hombre, devolviendo en cosas, que son ideas, el regalo que el mundo le hizo de sí mismo. Conjugación

10—*Proverbis de Ramón* — 108-1

Ars Amat. Boni — De vol.

de realismo e idealismo que es el acto de ser el pensamiento, y muy acusadamente el pensamiento de Llull.

El hombre es sujeto de razón y sujeto de querer. Ir fundiendo todos éstos, para lograr un querer solo bajo el cual se vayan promoviendo los sucesivos querer, es labor de la razón. Ir haciendo esos momentos racionales, latidos de la vida del sujeto que es el hombre, es obra de la voluntad.

Predestinados a ser, tenemos por necesidad que ser, y al tener que ser alguna cosa queremos el ser que vamos siendo.

Con reiteración ahinca Llull los fondos de sus principios en la idea del mundo como acto de voluntad soberana y en la idea del individuo que marcha hacia su propia ser. Voluntarismo absoluto referido a Dios y voluntarismo relativo de la persona humana: sometimiento de la voluntad a la Voluntad suprema.

“Oh, Dios mío y Señor —clama Llull estremecido de voluntad ardorosa que se rinde a la suprema Voluntad— Vos que sois la Verdad, abrid mi boca con verdad, de modo que nunca pase por mis labios palabra que no sea verdadera”. (11)

Y clama nuevamente, como creatura sometida según orden natural:

“Oh benigno Señor, colmado de Virtudes y Plenitud de todo Bien. En un orden de grandeza habéis establecido al hombre, pues, por razón de la libertad en que su voluntad se siente de elegir hacer el bien o hacer el mal, afirma en él el mérito de gloria o el mérito de pena; y por razón de obra consecuente que es lo que se cumple por la potencia motiva, acontece lo que por necesidad ha de acontecer, puesto que en vuestra omnisciencia se halla previsto que así acontezca”. (12)

Le advierte en estas nobles palabras el clamor de la indigente criatura que, asentándose en ejercicio de voluntad de querer, y de querer lo más sublime, se repliega, en su indigencia estremecida, a su naturaleza terrenal. Es eso lo que el hombre primariamente es, y siente, como en un escalofrío, que es eso: naturaleza, tierra, limitación, penuria, impotencia, cárcel; pero se yergue hacia su fin, ansiosamente y lleno de esperanza y de fe, y siente que puede ser más.

No en el ser que ya es está su ser definitivo, sino en el ser que

11—*Libre de Contemplació en Deu* — C-23.

12—*Libre de Contemplació en Deu* — C-51-25

debe ser. Podemos entender aquí y tenemos que entender que en esta escalofriante y bellísima duplicidad de la criatura humana nos hallamos en la superación de la pugna determinismo-libertad. Si el hombre es naturaleza casi espíritu, menester es sublimarlo haciendo del espíritu su propia naturaleza.

Así, la vida se le ofrece al hombre como materia modelable, y le es necesario —porque ese es su destino y porque ese es su querer— configurar esa materia, dándole la forma que a su propio fin le debe.

Ortega nos habla de naufragio, Raimundo Llull de predestinación; Ortega del dramático y cotidiano quehacer de salir del caos de las cosas en actos sucesivos de cada momento y circunstancia. Raimundo, del deseo de un orden que a la vez que es un anhelo, nos solicita como fin. Este orden se halla fuera de nosotros y a la vez en nosotros, empezando por el orden natural y culminando en el espíritu que somos: atención al fin —y al Fin más alto— e intención de ordenarnos en El. El pie de Ortega afirma sobre un destino ya dado; el pie de Raimundo Llull asienta sobre el fin que hay que lograr. El ser del uno está ahí, a la vista de la razón, el ser del otro hay que amasarlo a fuerza de voluntad. El desvalido que es el hombre se nos queda con Ortega en su fatal invalidez y es un ser que no cuaja ser, por exceso de razón: trasunto de la negación a que se llega por la vía del existencialismo nihilista. El indigente de Llull remonta su invalidez y es ser y lo sigue siendo por un acto muy sencillo: el simple hecho de querer. Ya veremos en qué culmina este acto de querer.

La vida es acto y potencia. Como acto, eso que está y que cada uno ha ido haciendo hasta ahora —bien pobre cosa—: naturaleza y efecto. Como potencia, lo que puede ser —acaso pobre cosa también—; mas un poder que se resuelve en el acto de querer. El acto de querer —magna cosa— por el cual el hombre es.

Yo soy porque quiero ser, es verdad agustiniana. Recordemos aquella amorosa y metafísica a la vez, exhalación del Santo de las Confesiones.

“Non ergo essem; Deus meus, non omnino essem, nisi esses in me. An potius non essem nisi in Te”.

Raimundo Llull la hace suya y la vive como ser. El ser que estaba ahí, y queda como pedestal y trampolín, no es más que trampolín. El ser es eso que está siendo y que está siendo porque quiere. Querer de su propio fin, amor de su propio ser. Como cae la piedra, cae el hom-

bre; la piedra a su centro material de gravedad, el ser del hombre, hacia su bien. El hombre frente a ese bien resulta un doble sujeto: de predestinación, como decíamos, en cuanto el bien tira de su ser; de volición y libertad en cuanto sujeto de intención.

“El hecho de la libertad que somos es más claro y seguro que la existencia de los cuerpos” —dice Gatrý— en rotunda afirmación que se encuentra también en Degerando. Pues bien, para Raimundo Llull somos libres porque estamos destinados a ser libres. Sometidos, como toda criatura, necesariamente a Dios, tenemos y gozamos, como ninguna la libertad de dirigirnos a Dios. Es por esa libertad como seremos el hombre verdadero que creemos ser y que queremos ser. Por nuestra naturaleza, por nuestra elementativa, piedra, llama, bruto, hombre —oímos reiteradamente en “*Ascenso y Descenso del entendimiento*”—, somos lo que somos y nada más y sólo eso. Pero como quiera que toda naturaleza está sujeta a pasión, y aún la piedra, sin dejar de ser la piedra, puede llegar a ser la estatua, por eso el hombre, sin dejar de ser naturaleza, y en lo que tiene de tal, puede trascender su ámbito de cerrada materialidad y fatal encadenamiento. Todo depende, en última instancia, de la causa eficiente a tal efecto: la de la estatua no está en la piedra misma, la del hombre sí se halla en él.

ESENCIALIDAD

“En la forma y la materia humana está la esencia del hombre” —nos dice Raimundo Llull en *Félix de maravelles* (13). No nos dice esto gran cosa, como no sea la simple aplicación a nuestro caso de la definición general.

Nos dice más esto otro: “Quiere esta regla —y es referencia del *Ars Amativa Boni*— que el hombre, aún sin voluntad aparente hacia un objeto, se manifieste como amabilidad” (14).

Podrá, pues, su razón hallarse obnubilada; en tal caso, la criatura racional no actúa como racional. Pero jamás podrá faltarle su querer, —sea el que fuere—, pues, aunque no se manifieste hacia un objeto, su querer se halla en latencia: un querer subyacente, a modo de

13—*Félix de Maravelles* — 8.^a part C. I.

14—*Ars Amat. Boni* — Reg. XI-1

substracto entitativo y que tiene fuerza operativa. Lo que uno está queriendo, sin saberlo, también le está ordenando como ser. En el orden psicológico, asimismo, este subconsciente del querer se halla dotado de eficiencia; el hábito, por una parte, y el sentido antropagógico que da Raimundo Lull a casi toda su obra de escritor, por otra, así nos lo dan a entender.

El querer es, propiamente, la esencialidad del ser precario; querer sometido a fin, es cierto, pero querer de un fin que sea el Bien. |

Ya tenemos, pues, al hombre en posesión de voluntad; ya tenemos el ser del hombre en cuanto es su voluntad. Voluntad libre, —entiéndase bien— pero no soberana, pues, si hemos de partir de la idea de que nosotros somos, y de que somos nosotros, hemos de pensar también que queremos hacernos otros, mejorando nuestro ser.

Ya tenemos al hombre libre y ya somos voluntad, “una propiedad por razón de la cual son deseables la bondad, la grandeza, la eternidad, etc.” (15) Una propiedad que nos lleva derechamente al Fin.

La realidad de esa cosa que es la voluntad la entiende Lull como agente en función o acto que se cumple en intención al Bien, pero que no podría cumplirse, si no se hallara en ella el principio de su movimiento, pues que “para ligar la voluntad a amar y el entendimiento a entender no basta la universal amabilidad ni la universal inteligibilidad sin la universal amatividad y la universal intelectividad” (16)

Lo que viene a significar que los principios del acto son realmente dos: El Fin o Bien sin lo cual no hay acto, y el querer ese Bien y que es nuestra libre determinación.

Querer es, pues, la raíz de libre determinación de la persona. Porque queremos, somos y somos lo que queremos. Querer y ser se convierten en el acto en que consiste el hombre.

Por si acaso nos olvidamos, nos recuerda Lull que “la voluntad es principio universal”, y por si acaso no le queremos conceder la importancia primordialísima que en realidad posee, sigue diciéndonos “que tiene natural inclinación a amar lo amable y a odiar lo odiable”. (17)

15—*Ars Amat. Boni* (De voluntate)
Art Demonstrativa.
Taula general.

16—*Ars Amat. Boni* — Reg. II-2.

17—*Ars Amativ. Boni*, Etc.

Raimundo Llull, tan apegado a la entidad de la cosa, a la entidad que es el ser mismo, constantemente se nos manifiesta con la propensión habitual a encarar el ser en cuanto obra mas bien que en cuanto está. Se comprende que así sea por cuanto es la voluntad lo que da su ser al hombre y se comprende que entienda así, que el ser del hombre es su querer, por cuanto el ser se nos da en su acto como operante. (17^o)

Bien el ser como entidad, bien el ser como operante, constantemente nos sorprende en Ramón Llull esa doble mirada de su entendimiento que va encerrando sus objetos, contemplándolos alternativamente, ya en el aspecto entitativo, ya en el aspecto formal de actividad. Pero formalidad de un pensamiento que espeja la realidad del ser. En este caso de ahora, las dos facetas de este modo: facultad de volición (ser en acto o en potencia de acto), o volición en ejercicio (acto siendo). No obstante su propensión definitoria y su peculiar racionalismo, y acaso precisamente por la peculiar intencionalidad que da movimiento a su razón, resalta la preferencia de Llull por la interpretación funcional sobre la meramente entitativa.

La aplicación que hace Llull de esa libertad con que el hombre cuenta, es decidida y rigurosa aplicación a su fin. Entiende que ese fin es el Bien, y entiende y siente y cree que ese Bien es sólo uno y se llama Dios. A Dios hay, pues, que dirigirse haciéndole meta de la vida y diana permanente y renovada de cada uno de nuestros actos: de nuestros actos de pensar, de nuestros actos de decir y de nuestros actos de querer. Pensamiento, palabra y obra en vista al fin, al Bien, a Dios.

Pensamiento del hombre, palabra del hombre en vista al fin ¿qué son sino voluntad?

La voluntad es intención moviéndose a su propio fin. Hay otro movimiento que es previo a la intención y que podemos referir al de ordenación de la potencia a su objeto; es aquella tendencia natural

17—“Y conviene que la bondad sea grande bondad por razón de bonificativo, bonificable, bonificado y bonificar, sin los cuales no puede llegarlo a ser”.

(Ars Amat. Boni. Tertia Dist. De magnit.

“*Aeternitas quaesivit a bonitate, utrum potestas sit melior in amare quam in amore?* (Ars. Amat. Boni — 5.^a Dist. — Bonitas — Aeternitas).

“*ut enim defectus amoris magis amare existentiam rei quam agentiam*”.

(Ars. Amat. Boni — 2.^a part. Questio — 2).

a que nos hemos referido y que es gravitación de cada cosa a su ser; carecía de entendimiento y ésta lo tiene, tendencia con dirección de entendimiento.

Adquiere aquí sentido en Lull la concepción unitiva de la vida del Universo de manera semejante a como se nos va mostrando en la gradación de los seres, desde lo elementativo hasta lo racional. En parecido sentido se expresará siglos más tarde otro español, —Luis Vives—, en su “Introducción a la sabiduría”: “De modo que todas las cosas se sometan al hombre y en éste, el cuerpo a la mente y la mente a Dios”.

Hondo valor metafísico la doctrina de la intención. Porque soy hombre, soy; es el eco de esta doctrina en el interior del alma humana. Pero no soy hombre si no voy más allá de mi ser hombre; si no soy un hombre con intención al Fin, con intención al Bien, si no soy un hombre en Dios. San Agustín añadiría: Si no encuentro a Dios en mí. Para Raimundo, el modo de estar Dios en el hombre es el acto de quererlo y amarlo como propio Bien.

Voluntad o querer de un ser que quiere y que es el hombre, finalidad o Bien, que es lo que quiere; no cabe resolver en otra cosa la esencialidad de este ser, sino en Amor.

HACIA LA PLENITUD

El hombre no llega a ser. Y padece —es ser paciente— porque se da cuenta de que no llega.

Aquel que sin terminar su camino olvida que hay una meta, niega su ser y se aniquila. El que marcha su camino, y aunque sepa que no llega, sigue en él, alimenta su pobre ser, que es más ser cuanto más lejos. Destino heroico y excelso del hombre es ése que le confiere la ley de su predestinación: ir creando su propio ser desde el fondo de su nada.

Cuando sordos a la voz de nuestra ley humanal, no cumplimos según fin y no queremos y no tenemos en nosotros ni amor de voluntad ni voluntad de amor y Bien, nos quedamos maltrechos en nuestra entraña misma, tal como padece la piedra, “aunque por sí no siente” —aclara Lull— cuando se resquebraja; o la llama, cuando la apaga el viento, y no cumple su misión, que es *llamear*, o el león, cuando lo cazan y ya

no puede *leonar*. Dolor de todo y cada cosa en el incumplimiento de su fin; dolor de su vacío, que es el dolor de su no ser.

Ser y no ser. Bien y mal. He ahí los dos polos sobre los cuales va girando la vida humana y, por lo tanto la entidad del hombre.

Seremos inanidad — o vanidad— si nos afirmamos en el cuerpo que también en parte somos; pero seremos plenitud, si nos vamos configurando como un árbol humano que con sus raíces en tierra alcanza frutos que la razón entiende como bien y la voluntad los quiere por ser bien y por creer que son el Bien.

O vanidad de vanidades o plenitud de plenitudes, eso puede ser el hombre. O es, y, porque ama, quiere ser... o deja de ser, porque no quiere ser, ya que no ama.

Son dos platillos de una balanza de la cual el hombre mismo tiene el fiel. Para afirmar este fiel vivirá Raimundo Llull asentando su propia figura con la fijeza de un roble. Amor de bien y amor del prójimo viene a ser la levadura de esta moral que hay que erigir como logro de una vida y realización del propio ser.

En el camino del ser hemos llegado en nuestro ascenso a la eminencia luminosa donde abreva nuestras ansias la Filosofía del amor. Raimundo nos lleva a ella y nos advierte de ella que es una ciencia que se ordena “de tal modo que por ella conozca el hombre los principios y desarrollo y partes del amor, y por tal conocimiento alcance a ordenar su voluntad en intención a amar el Bien y odiar el mal a fin de hacer efectivo el amor con afirmación de caridad como una gracia de Dios”. (18)

Quiere decir esto que por motivo de conocimiento consigue el hombre poner tensa su atención y enderezar su voluntad hacia el objeto amable, en virtud de cuyo acto adquiere el hábito de caridad y amor con que da natural y espontáneo testimonio de la acción de Dios en él. Lo cual, en sentido de ciencia agustiniana, equivale a decir inclinación y actividad de cada cosa solicitando su propio centro —*pondus meum*—, lo que en términos de ciencia natural, con aire de suficiencia, se despacha proclamando que es acción del subconsciente.

El hombre en cuanto hombre ha de obrar con conocimiento y ha de tener conocimiento para operar sobre su ser. Es lo que Llull nos

18—*Arbre de Philosophia d'Amor*. De la div. del arbre.

dice en su definición: el hombre como animal racional homificante. Sí; el hombre consiste, en la perogullada de ser un hombre y de serlo de inmediato, y de serlo siempre y permanentemnte. Por lo tanto de *tener que ser un hombre*; nada más y nada menos. Ni menos, pues que supera su propia naturaleza, ni más, pues tiene más alto a Dios. Con lo cual el hombre viene a ser la indeclinable voluntad de sutura que va de una materia que pesa a un espíritu que solicita,

Planea de este modo la humana criatura como un ser en trascendencia. Es éste propiamente el encuadramiento que al hombre de Llull más conviene en el marco de la terminología metafísica. Según esto, no lo que sea el hombre es el problema luliano, sino quién sea cada uno, con lo cual lo metafísico se resuelve en un plano antropológico y moral.

Mundo menor le llama Fray Luis de Granada, como le llamó siglos antes San Buenaventura, como ya le había considerado San Gregorio al denominarle criatura universal, como lo entiende Weigel, como también lo considera Llull al hallar en él resumidos, desde lo inferior o elementativo hasta el orbe de la razón y de la fe, todos los grados del conocimiento y del ser.

Lo que Anaxágoras había ya entrevisto en lo simple como microcosmos, puesto que lo simple natural encierra la complejidad de toda la naturaleza, Raimundo Llull lo intuye y lo comprende en el hombre, quien entrañado en lo animal y radicado en lo vegetativo y materiado en lo elemental, encierra capacidades para entender todo ese mundo que la razón es capaz de desplegar y para amar todos los seres que la voluntad pueda querer. Es pequeño este ser que entiende y ama, pero es grande, precisamente porque entiende y porque ama; más aún: porque sabe conjugar entendimiento y amor. En esa conjugación, el plenario perfil de la persona.

Raimundo Llull mueve a Félix, su héroe del "Libre de maravelles" a demandar lo que es el hombre, y, aparte de que el buen ermitaño le ha demostrado por razones las partes de la persona, sus funciones y su naturaleza, se le muestra la respuesta al vivo en dos modos de comportamiento. Allá en un momento y lugar de su afanosa transhumancia se encuentra nuestro Félix a dos extraños personajes: Quendiriahom y Pochmopreu. Félix les escucha. Dice Pochmopreu: "Sólo a Dios conviene honrar, pues ninguna otra cosa hay en el mundo que sea

por sí misma sino El; todo lo otro 'procede de la nada y a la nada tornaría, si no lo mantuviese Dios''.

Se nos queda reducido, según esto, el ser del hombre a bien poca cosa; a menos que poca: la nada. La conclusión clamorosa a que pretende haber llegado el moderno existencialismo, ya la encontramos en Llull sin tantos clamoreos.

Pero Llull es un camino y tiene en cuenta la meta y ansía llegar a ella y nos enseña que el ser es anhelo de llegar.

Es verdad que nada somos; pero es más verdad todavía que queremos ser. Nuestra cabal denominación: *Homo viator*. El hombre es un ser que apetece, que desea, que quiere o que no quiere, que prefiere, que elige, que ama: una realidad de todo eso, una potencia de sus fines en su dinámica vital. Quiero vivir, porque quiero ser y sólo soy y sólo vivo porque quiero —podría definirse a sí mismo el hombre que Llull entiende y el hombre que Llull es. Ese nuestro sentir, según el cual nos parece estar queriendo, ese entender que algo se quiere y ese querer que queremos, no será nada; pero es el hombre. Es el hombre que, al renunciar a su nada, renuncia porque quiere ser, y porque quiere está siendo. Es el hombre del más hondo sentir cristiano. Y en modo particular es el hombre de Raimundo Llull.

AMOR Y PLENITUD

La culminación de la metafísica del ser luliano nos transporta a la feliz delicuescencia de ese ser; los límites de la precaridad se han hecho evanescentes, casi al contacto de la infinitud. Si toca con la tierra, es tan sólo con su prójimo, que es otro ser trascendente en el camino hacia Dios; la gravitación es a lo alto, y hacia allá todos tendemos.

No es un ser como la piedra, puesto que se ha ido desprendiendo de casi toda su natural terrenidad; su potencia, cada vez más positiva —puesto que gracias a ella, se va acercando al ser que quiere—, afirma cada vez con más ahinco las condiciones de su ser en acto. Jamás dejará de ser potencia, y es ésta la preciosa condición que le permite seguir en agonía para lograr el mayor bien que pueda de su Amado. Es una cuasi actualidad frente a la total actualidad; muy le-

jos una de otra por la distancia que existe de potencia a ser: el infinito los separa; y una cuasi actualidad, porque el amor los une.

Nos hallamos sumergidos en una zona incandescente y culminal de la concepción agustiniana, que entiende cada cosa del mundo como solicitada por el centro de su propia gravedad. Es una teoría newtoniana antes de Newton y que trasciende los límites de la materia. ¿Cuándo —parece que diga— cada cosa tomará la dirección de su propio centro? ¿Cuándo el hombre, que tiene por centro a Dios, terminará por arrumbar a Dios? Ama demasiadas cosas y se desliga de sí mismo para ligarse excesivamente a ellas; y o ama su propio ser, pues que no ama su propio Bien.

Bien y ser y bien y vida se convierten e identifican.

El bien es ser; porque es bien. El ser es bien; porque es. El problema del hombre es éste ¿Es acaso el hombre un bien? O de un modo más preciso: ¿el ser del hombre es un bien?

El ser del hombre no es un bien, pues que no es en verdad el ser. Pero el ser del hombre no es un mal, pues es potencia de ser: consiste en un *debe ser*, solicitado por un fin; consiste en querer ser, movido por su amor. El fin, que llama al hombre, y el amor, que le lleva a él, configuran el ser precario en su más alta realidad. La esencia del ser del hombre es este aliento intencional y ascensional que le absuelve desde Dios y que le impele desde sí mismo.

Si el ser es la verdad, el ser del hombre es eso. Como su ahí es una marcha, la esencialidad con que se halla actualizado es —si se entiende negativamente— la fuga de lo que ya era con las alas de lo que quiere. Vuelta siempre hacia lo mismo: despegamiento de la nada y anhelo de plenitud. Trascendencia. Y no la angustia ni la desesperanza, sino la fe, la esperanza y el amor. Como el ser es un camino, el hombre es dolor de ser y alegría de seguir.

¡Oh qué bellamente y con qué vigor dan forma a la figura de Llull esos restallidos de su gozo! Cantando su alegría entona sus alabanzas. Y resuenan sus clamores del *Libre de Contemplació* con la sencilla grandilocuencia de los Salmos. “¡Oh, Señor, cuán grande es la alegría de mi gozo y mi placer! ¡Bendito seáis, Señor, que habéis hecho que mi fuerza sea mayor que la fuerza de los montes!” (19) “Antes se hará polvo la roca, que deje de ser el hombre que se alegra

19—*Libre de Contemplació en Deu*. — Cap. II — 27.

de vuestro ser". (20) "Oh, gozo de mi corazón, si yo pudiera sentirte con todos mis sentidos! ¡Sentir esa alegría con mis ojos, con mi boca, con mis manos!" (21)

Como es largo el camino desde el amigo hasta el Amado, el ser del hombre es sacrificio: una entrega de su ser por el querer del Amado.

Podemos preguntar al buen Raimundo: ¿Qué es amor?

Y nos responde con sus libros y su vida: Dejar de ser uno mismo para que sea el Bien querido: la Bondad, la Grandeza, la Verdad, etc., para que alcancen actualidad analógica en cada uno de los hombres los tributos de Dios.

PLENITUD METAFÍSICA

Posiblemente se echará de menos una ordenación regular, sujeta a canon, en este análisis metafísico de la Filosofía de Ramón Llull. Comenzar por donde él comienza en el orden de la definición; asentar, piedra tras piedra, cada una de las definiciones, tal como él nos las ensarta, por ejemplo, en el primer capítulo de la segunda parte de los "*Proverbis de Ramón*":

"1— Ens es ço qui ha totes coses". "3— De fora ens no està neguna cosa". "17— Ens qui es per estar es per si mateix, e ens qui es per obrar, es per altre..."

Con tal procedimiento casi nunca llegaríamos a la verdad de su Filosofía; no se puede encajar exactamente en muchas definiciones del mismo Llull el pensamiento dominante y operante a lo largo de sus obras.

Creemos que no es ése el camino: la Metafísica de Raimundo Llull escapa a los trillados esquemas de la Metafísica al uso; el ser que podemos atribuir a su Filosofía no es el ser pensado del razonador, sino el ser vivido del hombre y del creyente, del ente de maravilla que es ésta a la vez paupérrima y opulentísima alimaña que se arrastra y vuela por la tierra y por el aire, que se deja manejar por los espasmos de sus pasiones y que, sobre todo, se enciende de ideales y de amor en afán de una vida y de una esencia de sabor ce-

leste y divino. Le cuadra más y mejor la ingrávida y luminosa nubosidad platónica que el ceñido cinturón aristotélico.

No quiere esto decir que no le convenga bajo ningún aspecto un *modus ordinationis*. Ahora bien, ese modo no es el modo de su *Ars Magna*. Tampoco estrictamente el de una fenomenología.

Es la analítica de los contenidos reales de una idea desde el fondo vital de un ser pensante que para ser pensante ha de sentir, y porque piensa y siente ha de querer. Fundidas en el mismo ser esas tres facultades y entendidas como acto en la unidad del ser, entonces y sólo entonces puede aprehenderse la unidad entitativa que para Raimundo Llull representan *modus essendi et cognoscendi*, a lo cual, ciertamente, no alcanzaremos, si consideramos cada una de las tres en peculiar y radical autonomía.

El doble objeto metafísico —Dios y el hombre— que es la permanente ocupación de su pensamiento, no caben en los moldes exclusivos de las razones necesarias, si lo que verdaderamente interesa es el ser en su sentido analógico y desde el punto de vista de su mutua interacción. El ser que es y el que quiere ser: Ser (verbo) como auténtica existencia, y ser (nombre) como en posesión de una —también auténtica— esencialidad.

La acción de fin como acto, sobre la intención como potencia, es notoria: se llama predestinación; la acción de la potencia hacia su finalidad es el acto de querer.

El *modus ordinationis* de Raimundo Llull, según un bifronte criterio a la vez metafísico y moral, nos concede libertad para movernos por los ámbitos sin límites del ser. Pero nos lo ofrece en su Acto puro y pleno, a fin de hacer el ser aprehensible desde uno de los polos del ámbito total; y, desde el otro, afirmándose en la analogía, nos retrae a nosotros mismos, analogados con el Sumo Ser. Y así, pues, aprehendidos ya nosotros como un apenas acto en su misérrima potencia, nos va abriendo a que entendamos nuestro ser en actos sucesivos de potencia cada vez mayor.

Nuestro ser se nos ofrece como una forma subsistente, permanentemente cambiante, un devenir, cierto es, cual muchos dicen que somos.

El hombre no es que sea un ser histórico regido desde fuera —ahora esto y luego aquello—; es que eso que se llama el ser histórico del hombre, es su conciencia en devenir, no su conciencia del

devenir. Al *sentirse* siempre en marcha, *se piensa* como potencia y *quiere* llegar a ser más ser.

Lo indefectiblemente inquietante de la Metafísica estriba en que su objeto, el ser al cual persigue y que tantas veces pretendió tener cogido, se le escapa como una anguila. “Todos los esfuerzos de la analítica existencialista se afanan por una meta: la de encontrar un modo posible de responder a la pregunta que interroga sobre el ser en cuanto ser” —así lo proclama Heidegger en su obra “*El ser y el tiempo*”.

Que se llegue a tal situación después de tantos siglos de pensamiento gastado a partir de Parménides y de Aristóteles, revela que el puro intelectualismo no es suficiente por sí solo para llevarnos a la solución. El intelectualismo de Raimundo no es ése: “Quo magis Amicus intelligit suum Amatam, eo magis habet sua voluntas virtutem in amare”. (22) En ningún caso dejaba a la razón desnuda de voluntad.

Pero la razón fría y a secas se nos ofrece muchas veces. A esa razón, el ser transinefable— le resulta inaprehensible; tiene que resultarle inaprehensible. Pero eso nada cae más de lleno en los límites conceptuales del ser que ser que se desvive por ser y vive para ser. Su ejemplaridad nos la ofrece Ramón Lull en sí mismo y en su obra.

Como fondo de toda ella, lo mismo de su metafísica que de su moral, nos encontramos con los atributos de la Suprema Realidad que llama Dignidades. Aquí su ejemplarismo. El hombre, ser-idea, ante la Idea Soberana; el hombre, ser-realidad, ante la Suprema Realidad. Una ciencia —Teo-antropología— que explica al hombre en el ámbito de Dios y que a su vez explica a Dios acreditando el ser del hombre. Es una doble mirada en la cual la razón no ha de ser todo; hay la fe y hay el amor.

El acto metafísico del hombre es el buscar la verdad; la busca para conocerla y al conocerla la quiere; y la quiere, no tan sólo porque quiso conocerla, sino porque la Verdad le da su gracia y él se resuelve en amor: el acto de plenitud de la Ciencia de Ramón Lull, del propio Ramón Lull y de nosotros.

ENRIQUE DE ANTÓN CUADRADO

Barcelona